LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1462.A1 V47

Verbo.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/verbo6411ciud

VERBO.

FORMACION CIVICA Y ACCION DOCTRINAL SEGUN EL DERECHO NATURAL Y CRISTIANO.

VERBO

JUNIO 1964 Nº. 41

MAY 4 1991
THEOLOGICAL SEMINARY

EDITORIAL

CORDUM
Biblioteca
CORDOBA 838
1054-Cap. Fed.

NUEVA OFENSIVA LAICISTA

Desde principios del mes de marzo del corriente año y con ritmo siempre acelerado, el país asiste sorprendido e indignado a una serie de hechos que configuran un nuevo intento de destruir nuestras instituciones fundamentales. Primero Córdoba, luego la provincia de Buenos Aires, han sido y son aún el teatro elegido por las fuerzas laicistas para iniciar su bien organizada campaña contra la libertad de enseñanza y la enseñanza religiosa en las escuelas argentinas.

La Legislatura cordobesa, a iniciativa del partido actualmente gobernante, trató y finalmente sancionó una ley por la cual se deroga el Decreto-ley 928, que creó el Consejo General de Enseñanza Privada, estableciendo en su lugar un nuevo régimen de contralor estatal sobre los colegios privados mediante el cual se reduce la libertad de enseñanza a su mínima expresión. Desoyendo la justa reclamación del Episcopado Argentino, de numerosas entidades católicas y de los padres de familia, el gobernador de la provincia se negó a vetar la nueva ley so pretexto de que el Estado no puede renunciar a ejercer su potestad en todo lo concerniente a la cultura y educación del pueblo. ¡La enseñanza estatal, laica e igualitaria, es nuevamente enarbolada como la única verdaderamente "democrática"!

Por su parte, en la provincia de Buenos Aires una ley reciente reglamentó el funcionamiento de la Dirección General de Escuelas, la cual "ejercerá la dirección y fiscalización de la enseñanza que se dicte en establecimientos educacionales no estatales". Ante semejantes extralimitaciones del poder público, el Consejo de Educación Católica ha solicitado a la Suprema Corte de Justicia provincial que declare la inconstitucionalidad de algunas de las disposiciones de esta ley.

Hechos de tal naturaleza no pueden dejarnos indiferentes. Es necesario asumir frente a ellos una actitud enérgica y prudente a la vez. Los católicos argentinos no podemos permitir que una nación cristiana como la nuestra sea despojada de derechos

tan fundamentales como la libertad de enseñanza por una minoría de ideólogos liberales y socialistas. Para ello, VERBO, fiel a su propósito de instaurar el Reinado de Cristo, no sólo en los corazones sino también en la vida pública y en las instituciones argentinas, hace un llamado cordial y a la vez enérgico a todos sus amigos para que colaboren en la defensa de nuestras libertades esenciales.

Nuestra obra de acción doctrinal deberá favorecer una seria toma de conciencia por parte de todo el ambiente católico no sólo de los principios doctrinales que han de animar nuestra acción, sino también de la importancia de las medidas prácticas que tendremos que adoptar en unión con la jerarquía. De suerte que formemos un frente sólido y unido para impedir la acción disolvente de esta nueva ofensiva laicista.

No es menester recordar aquí cuáles son los principios rectores en materia de educación. Bástenos mencionar la admirable encíclica Divini Illius Magistri y las innumerables alocuciones de S. S. Pío XII sobre la materia. Es necesario volver una y otra vez a estas fuentes en las que se armonizan lo natural y lo sobrenatural con tanta claridad, para no perder pie en medio de la confusión mental reinante.

Es imprescindible hacer que todos comprendan la trascendental importancia de este problema. Están actualmente en juego nuestra fe religiosa y nuestro destino nacional. Recordemos que el régimen educacional vigente entre nosotros desde hace un siglo configuró, ayer como hoy, un sistema verdaderamente totalitario, desconocedor de los más elementales derechos de la persona humana y de la familia. El estatismo y el laicismo, junto con un igualitarismo pseudo-democrático, no sólo afectan los derechos de la Iglesia y nuestros derechos de católicos, sino que avasallan igualmente los derechos que la ley natural reconoce a los padres de familia. El principio de subsidiaridad, verdadero pilar del orden social, nunca fue respetado entre nosotros (ejemplo: la ley 1.420, verdadera ley-mito). Es por ello que católicos y no católicos deben unirse en esta lucha que a todos nos atañe por igual.

Si bien es cierto que en los últimos años, se abrieron nuevas posibilidades de concretar un régimen de verdadera libertad que respetara las conciencias, no podemos callar que dichas medidas (Universidades privadas, Dirección de Enseñanza Privada, etc.) no constituyen en modo alguno un reconocimiento cabal de nuestros derechos, tantas son aún las limitaciones existentes. Este no es más que un tímido principio. Será menester que, gracias a la acción eficaz de todos los católicos, logremos la reimplantación de la enseñanza religiosa y de la moral en nuestras escuelas. Tal es la única solución justa y satisfactoria, en un país cuya población es en su mayor parte católica.

Si hasta en un país como Polonia, sometido al totalitarismo

comunista, los católicos polacos han obtenido la reimplantación de la enseñanza de la religión en las escuelas católicas, ¡cuánto más fácilmente obtendríamos los católicos argentinos el reconocimiento pleno de nuestros derechos! Tan sólo se requiere una actitud decidida y una coordinación eficaz.

Mucho tememos que las recientes medidas sancionadas en la provincia de Córdoba no constituyan sino el principio de un intento de mayor envergadura por destruir nuestras instituciones fundamentales, especialmente la familia y la educación. ¡No olvidemos que en el Congreso Nacional se han presentado tres proyectos tendientes a obtener el divorcio absoluto en nuestro país! Reaccionemos, pues, con energía frente al enemigo siempre en acción.

Señalamos con verdadera satisfacción a nuestros lectores, el testimonio de nuestros hermanos de Córdoba que han respondido rápida y valientemente a estos ataques del liberalismo, peticionando a las autoridades, cerrando sus colegios el 28 de abril en señal de protesta, organizando manifestaciones públicas de repudio, advirtiendo a las autoridades acerca de las consecuencias electorales de esta situación y decretando la "resistencia pasiva" frente a una ley esencialmente injusta.

¡Que el ejemplo de los católicos cordobeses, apoyado por el de todos sus hermanos en el resto del país, sea una clara advertencia para los que intentan avasallar nuestros derechos de argentinos y de cristianos!

VERBO

Cuando un sacerdote se corrompe, se convierte en el agente peor y más rápido de la descomposición social. Vivamos, pues, en el mundo; es nuestro deber; pero no seamos del mundo, sería nuestra condenación.

Hay quien piensa que para salvar al mundo, apóstata de Cristo, es necesario hacerse de alguna manera, similar al mundo, pero entonces su testimonio ya no será aquel testimonio de la santidad de vida y de la predicación del Evangelio... sino más bien igual en todo —menos en el pecado— al mundo, a la gente del mundo, a los laicos. Hay en todo esto una falta de fe en el poder de la oración, en la eficacia de la palabra divina...

(Discurso del Card. Ottaviani,
del 30 de septiembre de 1957).

ANTISEMITISMO

Somos espiritualmente semitas, y por eso nos ha chocado sobremanera una revista antisemita que ha llegado a nuestras manos llamada "La Luz", que se titula la revista israelita para toda Sud América. No es por paradoja que la llamamos antisemita. Si Hitler mataba los cuerpos y por eso es justamente execrado, "La Luz" procura matar las almas de los judíos, inculcándoles el odio hacia la Iglesia, esto es hacia el mismo Cristo, que es Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, la Luz que ilumina a las gentes y la gloria de su pueblo, Israel. ¿Qué mayor mal puede darse que apartar al hombre de su Sumo Bien?

Muchos números hemos visto y todos destilan la misma ponzoña. Achacan sistemáticamente a la Iglesia haber perseguido desde siempre a los judíos; incurren en errores groseros sobre los dogmas católicos, verdaderas calumnias y mentiras, pues basta un mínimo de cultura religiosa para saber que eso es falso. Se dice que Pío IX raptó y bautizó a la fuerza a un niño judío; que el triunfo de los cristo-paganos encabezados por San Pablo sobre los judeo-cristianos guiados por San Pedro, corrompió el mensaje de Cristo alejando al cristianismo de sus orígenes judíos, etc. Se defiende a los fariseos; se ataca a Paulo VI y a su reciente viaje a Tierra Santa; a nuestro Arzobispo y Cardenal Primado; se hace la apología de esa obra calumniosa que es "El Vicario", donde se presenta a Pío XII consintiendo con el exterminio de judíos por Hitler; incluso se presenta a Juan XXIII ¡condenando la actitud de Pío XII a este respecto!

Toda la revista está penetrada de soberbia, campea en ella un amor desorbitado de la propia excelencia y de las tradiciones del pueblo judío. ¿Negaremos éstas? No, por cierto. Suya "es la filiación, la gloria, las alianzas, la entrega de la Ley, el culto y las promesas; suyos son los padres y de quienes, según la carne, desciende Cristo, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos" [1].

Esta es la verdadera grandeza del pueblo judío: Cristo. Por El suspiraron los Patriarcas, profetizaron los Profetas, goberna-

[1] Rom. IX, 4-5.

ron los jueces y los reyes. A El se refieren todas las cosas, sin El nada valen las glorias humanas, ni las tradiciones más venerables, ni la ciencia, ni la grandeza política o militar. "Por cuanto en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe, que obra por amor" [2]. Y el más pequeño acto de puro amor pesa más que todas las obras. Y esto se aplica tanto para los judíos como los cristianos que también se dejan tentar por el amor de sus valores propios, que por legítimos que sean valen en cuanto ordenados, y nada valen frente a Dios. A este respecto recordamos cómo cuando las medidas del Papa Pío XII respecto de los sacerdotes obreros en Francia, el escritor François Mauriac tomó partido contra Roma diciendo que los sacerdotes obreros no eran sólo una gloria de la Iglesia sino una gloria de Francia. E instaba al muy laicista gobierno de su país a defender esta gloria nacional.

No, no es eso lo que enseña la Escritura cuando dice que: "Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno".

Sentimos que pervive en "La Luz" el mismo judaísmo carnal contra el que luchó San Pablo, ese falso celo que ignora la justicia de Dios y procura establecer la suya propia (Romanos X, 2-3). Comentando este pasaje dice Mons. Straubinger [3]: "El celo de Israel es falso, pues no se inspiraba en el recto conocimiento de Dios, sino más bien en la soberbia de tener el monopolio de la salvación entre todos los pueblos, y en la presunción de salvarse por sí mismo sin el Mesías Redentor. He aquí una de las más grandes lecciones que la caída de Israel nos da para nuestra vida espiritual. No les faltaba celo, pero no era según la Palabra de Dios (cfr. Sab. 9, 10 y nota) sino apego a sus propias tradiciones (Hech. 6, 14 y nota) y soberbia colectiva (cfr. Juan 8, 33; Mat. 3, 9; etc.). «Es necesario no juzgar las cosas según nuestro gusto, sino según el de Dios. Esta es la gran palabra: Si somos santos según nuestra voluntad, nunca lo seremos; es preciso que lo seamos según la voluntad de Dios» (S. Francisco de Sales)".

¿A qué lleva este falso celo y esta soberbia carnal? Ante todo ofende a Dios e implica una tremenda ingratitud con El. El Viernes Santo la Iglesia canta poniendo en boca de Jesús la enumeración de todos los beneficios que tuvo Dios para con su pueblo elegido: "Yo te saqué de Egipto... y te alimenté con el maná en el desierto..." y tiernamente le reprocha: "¿Qué te he hecho pueblo mío o en qué te he contristado? Respóndeme".

Como lógica consecuencia de este rechazo de Cristo, este falso celo y esta soberbia carnal llevan a la perdición de las almas, y son sus víctimas los hijos de Israel que seducidos por este espíritu quieren alcanzar la salvación por las obras de la Ley y no por la fe, y yerran en la puerta del cielo. Cristo es la puerta de las

[2] Gal. V-6.

ovejas, quien entrare por El será salvo y todo aquel que no entra por la puerta es ladrón y salteador [4]. En este sentido es que hemos llamado a "La Luz" una publicación "antisemita", con todo rigor.

Por último, este odio fermentado de veinte siglos no puede sino engendrar repulsa e indignación, y estos sentimientos no templados por la Gracia pueden degenerar fácilmente en odio que destruye la convivencia. Parecería que los mismos cuyo "leitmotiv" son las persecuciones sufridas por su pueblo. para lamentarse de ellas, quisieran con la bajeza de sus ataques a las naciones en que viven y a su Fe, provocar por reacción nuevas persecuciones, como si buscaran generar un antisemitismo carnal que mantenga a su pueblo segregado, e impermeable por tanto a la influencia cristiana.

¿Cuál será nuestra actitud? Ante todo la justicia exige llamar mentira a la mentira, y calumnia a la calumnia; exige vindicar el nombre de nuestra madre la Iglesia difamado; exige firmeza frente a la insidia. Pero la caridad se adelanta y llega hasta el amor de los mismos enemigos: que ese antisemitismo carnal jamás prenda en nuestros corazones. Así decía San Pablo: "Respecto del Evangelio, ellos son enemigos para vuestro bien, mas respecto de la elección, son amados a causa de los padres. Porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables. De la misma manera que vosotros en un tiempo erais desobedientes a Dios, mas ahora habéis alcanzado misericordia, a causa de la desobediencia de ellos, así también ellos ahora han sido desobedientes, para que con motivo de la desobediencia (concedida) a vosotros, a su vez alcancen misericordia" [5].

Y poco antes [6] había dicho: "...Pues si su rechazo es reconciliación del mundo, ¿qué será su readmisión sino vida de entre muertos?... Y si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú siendo acebuche has sido injertado entre ellas, y hecho partícipe con ellas de la raíz y de la grosura del olivo, no te engrías contra las ramas; que si te engríes (sábete que) no eres tú quien sostienes la raíz, sino la raíz a ti... No te engrías, antes teme. Que si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti perdonará".

No nos enorgullezcamos, pues, los cristianos de haber sido elegidos, ni menospreciemos a los judíos incrédulos. Si caemos en ese orgullo, como los fariseos, también como ellos y con mayor razón aún, seremos cortados.

Amémoslos por causa de sus padres, que fueron santos, y

[3] Cartas de S. Pablo. Traducción directa del griego, notas y comentarios por Mons. Dr. Juan Straubinger. A. L. D. U. Montevideo. 1947.
[4] Jn. X, 1-10.
[5] Rom. XI, 28-31.
[6] Rom. XI, 15-17-20-21.

pensemos lo que será su retorno; ¡qué frutos de santidad veremos entonces! Si su rechazo fue nuestra vida, ¡qué no será su conversión final!

Dice San Luis María Grignion de Monfort hablando de los santos de los últimos tiempos, que comparados con ellos la mayoría de los otros santos parecerán como arbustos al lado de robustas encinas. ¿No estará ligada esta profecía al retorno de Israel? Las palabras de San Pablo hacen esperar una maravillosa floración de santidad. Con espíritu de esperanza y de amor debemos pues ver este misterio.

M. R. G.

AFIRMACIONES CONTRA LA VERDAD

"La Iglesia actual se desarrolló en cierto modo al margen de la prédica, la inspiración y la doctrina de Jesús. Cuanto más se invocó su nombre, tanto menos se siguieron sus enseñanzas. Este proceso se produjo paso a paso con el alejamiento y el divorcio del cristianismo de Jerusalén; con un itinerario de éxodo espiritual de Jerusalén a Roma, sin que jamás se intentara desde entonces el viaje de retorno... En el seno de la novel Iglesia se libró una lucha trágica entre los judeos cristianos y los cristo-paganos. Al frente de los primeros estaba Simón... que luchó por preservar en el seno de la nueva fe la esencia de la observancia judía. Al frente de los segundos se colocó Saúl de Tarsis... que se empeñó en hacer accesible la nueva religión al mundo gentil, abaratando las costumbres, las observancias y las creencias judías. Triunfó la tesis de más fácil aplicación —es decir la línea del menor esfuerzo— con la que tan diestramente manipuló Pablo... El cristo-paganismo se impuso, pero se empeñó en adoptar un barniz externo judío, para reclamar la herencia, el prestigio y las Escrituras judías y justificar la descendencia davídico-mesiánica de Jesús... Pugnó por eliminar de sí cualquier vestigio del espíritu judío y por borrar a la estirpe judía por cualquier medio con el evidente propósito de heredar su prestigio. Las consecuencias de esta campaña fueron una guerra sin cuartel de Roma contra Jerusalén —de los hijos de Belial contra los hijos de la Luz— con los más sombríos horrores que la historia de la persecución haya registrado jamás sobre la tierra. Esta conflagración se libró, presumiblemente en nombre de la religión del amor que Jesús predicó en la Galilea y en Jerusalén, y cuya memoria resultó sacrilegiada por quienes invocaban su nombre, deificándolo... No se nos escapa que no es fácil superar prejuicios acumulados durante cien generaciones, ni desdecirse de la noche a la mañana de lo que equivocadamente se estuvo inculcando durante tanto tiempo, ni emprender humildemente el camino que tanto se ha vilipendiado..."

(Editorial de "La Luz", del 10-1-64).

"...El cristianismo necesita un examen de conciencia, una confesión de su conducta hacia los judíos, y una rectificación a lo largo de toda la línea —en las cosas más grandes y en las más pequeñas..."

(Del mismo ejemplar, artículo "Por qué Palestina no").

"Paulo VI terció en el debate más ampliamente antes de ser elegido Papa... En esa oportunidad no pretendió que Hochhut, autor de «El Vicario», tergiversó los hechos —y nadie ha pretendido aún tal cosa—. ...Lo que afirma el Cardenal Montini es que Pío XII obró correctamente al actuar

exactamente como Hochhut lo acusa de haber actuado... Por ello... habría alguna gente totalmente inhibida de terciar en el debate del Vicario... El que debiera encabezar esta lista es, precisamente, Paulo VI por estar, implícita o explícitamente, complicado en el asunto... Pío XII estaba guiado en su conducta ante todo por razones de Estado; es decir que en este caso, las consideraciones de orden moral estaban subordinadas a aquéllas... El debate en torno a «El Vicario» tiene derivaciones de lejos más amplias. No se trata meramente de la acusación contra Pío XII, sino implícitamente contra toda la Iglesia y el cristianismo, en su carácter de promotor del antisemitismo durante casi 20 siglos... Desde las páginas del Evangelio hasta el Holocausto nazi, ...los cristianos han sido enseñados que todos los judíos no convertidos son maldecidos por Dios por haber matado a su Hijo, para luego rechazar la divinidad de Jesús... Hace pocas semanas fue diferida la aprobación por el Concilio Ecuménico del esquema sobre los judíos... nuevamente por consideraciones de estado, subordinando a tales consideraciones las de orden moral... Por eso, precisamente, un hombre con auténtica moral cristiana —cristiana emanada de Cristo, no de la Iglesia que trata de justificar el silencio de Pío XII— debiera ahora callar y bajar la cabeza ruborizado. Protestar contra «El Vicario» es solamente buscar una excusa... Tratar de ocultar esta verdad, por temor, por vergüenza, por reverencia a Pío XII, significa perpetuarse en el pecado..."

(Del editorial de "La Luz", del 21-2-64).

OBRAS RECOMENDADAS

OBRAS RECOMENDADAS POR LA OFICINA INTERNACIONAL DE OBRAS DE FORMACION CIVICA Y ACCION DOCTRINAL SEGUN EL DERECHO NATURAL Y CRISTIANO

Para el estudio en grupos

EL MARXISMO-LENINISMO, de Jean Ousset, con prólogo del Cardenal Antonio Caggiano ..... $ 330.—

INTRODUCCION A LA POLITICA, de Jean Ousset, con prólogo de Mons. Adolfo Tortolo ..... „ 300.—

Muy en breve estará en venta otro trabajo de Jean Ousset y Michel Creuset sobre **Orden económico social**, con prólogo de Mons. Ramón Castellano.

INFILTRACIONES PELIGROSAS EN NUESTROS MEDIOS CATÓLICOS

Uno de los espectáculos más alarmantes para todo católico que conozca la incompatibilidad de la Fe y de la Iglesia con las ideologías "mundanas" y muy en especial con el último avatar de la Revolución anticristiana, el comunismo marxista —llamado por S. S. Pío XI en la **Divini Redemptoris** "intrínsecamente perverso"—, es el advertir la **sorprendente penetrabilidad que nuestros medios católicos ofrecen al marxismo y al comunismo en estos últimos tiempos.** El catolicismo argentino, poco menos que unánimemente erguido contra el comunismo en las épocas de la guerra civil española por ejemplo (1936-39), ha venido sufriendo después **un proceso de progresivo ablandamiento**, causado por diversos factores: tensiones ideológicas y sentimentales durante la segunda guerra mundial; impacto divisor del problema peronista; surgimiento de cierto excesivo "humanismo" y "personalismo" que revertía hacia el hombre la intencionalidad del espíritu cristiano, necesariamente dirigida hacia Dios con olvido de sí; el subconsciente afán de muchos de irse acomodando al triunfo comunista que juzgan inevitable; "snobismo"; moda teilhardiana; "nouvelle théologie"; deformación internacionalmente orquestada del sentido de la acción de los dos últimos Papas y del Concilio (sobre el que recaen en estos medios absurdas "esperanzas", incluso, en algunos, la de una "supresión del infierno" (!), etc.

Sobre esa masa así ablandada, ejerce su influencia, sutil y desprovista de todo escrúpulo por la verdad especulativa y moral, el comunismo propiamente dicho, tipo URSS, chino o "trotzkysta", opuestos éstos entre sí en lo aparente, secundario y accidental, y concordes en los fines últimos. En **"El marxismo-leninismo"** de Jean Ousset (1ª edición en castellano, "La Ciudad Católica", 2ª edición: Iction) pueden leerse las consignas comunistas explícitas para la infiltración en las instituciones católicas (Cfr. **Op. cit.**, tercera parte, cap. III y documento V), y sería ingenuo creer que los comunistas exceptúan de ello a nuestra patria y a nuestra Iglesia.

De ese modo, nuestro colega **"Cruzada"** ya tuvo que denunciar, números atrás, unos sorprendentes cursillos en que colaboraban católicos de izquierda, sacerdotes "teilhardianos" y hasta

profesores de altas instituciones católicas con puros y simples marxistas-leninistas, como Jorge Abelardo Ramos —el "Víctor Almagro" de los ataques a la Iglesia durante los últimos tiempos del peronismo— e Ismael Viñas.

Sabemos que esos hechos han alarmado justamente a nuestro Cardenal y Arzobispo de Buenos Aires y a muchos Obispos, quienes han tomado medidas para atajar ese mal, dando estrictas directivas a altas instituciones católicas de enseñanza. Pero las manifestaciones de esa penetración marxista —y, lo que es más grave, de la sorprendente **penetrabilidad** de nuestros medios católicos— se siguen produciendo. Daremos a conocer algunas, para información de la Jerarquía y de nuestros lectores:

En ciertas librerías católicas hemos visto en la vidriera, a la vista de cualquiera y para vender a cualquiera, el libro **"Ensayos Filosóficos"** del prof. Carlos Astrada. Ahora bien, Carlos Astrada es un hegeliano esencial y militantemente ateo; ex nazi (propiamente dicho: materialista, revolucionario y racista) y hoy fidelísimo partidario del más estricto marxismo comunista tipo URSS. Así, en el Primer Congreso Nacional de Filosofía, que tuvo lugar en Mendoza en 1949, Astrada se señaló por una comunicación virulentamente atea, que provocó el desafío a una discusión pública por el filósofo católico Charles de Koninck, belga establecido en el Canadá y uno de los mejores tomistas actuales; desafío no aceptado por Astrada. Este mismo Astrada es autor de una serie de opúsculos en editoriales comunistas; y en uno de ellos decía que la Iglesia mantenía la creencia en el infierno por razones "crematísticas", es decir monetarias. En los antedichos **"Ensayos"** —de un tono, es verdad, mucho más universitario y aparentemente objetivo porque en parte proviene de épocas premarxistas de tal profesor— no deja de incluir trabajos sobre la "**ilusión** metafísico trascendental", o sea —bajo lenguaje kantiano— sobre **el carácter ilusorio de todo conocimiento de Dios por la razón humana**, en estricta contradicción con los más solemnes decretos del Primer Concilio Vaticano. Preguntado un empleado de una de las antedichas librerías porteñas acerca de la sorprendente presencia de ese libro allí y en la vidriera, dijo que **se lo había llevado el representante de una editorial católica** (!), por lo cual él había confiado en tal libro (después hemos visto que la obra sigue en la vidriera).

Días después, **en la librería de una institución vinculada a una alta casa de estudios católica**, hemos visto, listos para ser clasificados, no sólo el antedicho libro de Astrada, sino también otro por él prologado, escrito por un señor Alfredo Llanos e intitulado **"Demócrito y el materialismo"**. Debe saberse que los materialismos de Demócrito y de Epicuro fueron el tema de la tesis doctoral de Carlos Marx; obra venenosa que comienza haciendo suyo el grito de Prometeo: "en una palabra, odio a todos los dioses". De más está decir que la obra de Llanos antedicha con-

siste en un elogio del materialismo de Demócrito y en un ataque a Platón, presentado el primero como el representante de la pequeña burguesía "progresista" de aquella época, y el gran Platón como un portavoz reaccionario de la aristocracia en trance de perimir. De esta manera, no sólo se hace propaganda materialista y antiespiritualista, sino que se acostumbra a la juventud a creer **que toda posición filosófica o teológica no es más que el epifenómeno de una cuestión de estómago y de clase —así como, en Freud, de una cuestión de sexo—, con negación del valor y objetividad mismas de la verdad y del bien.** ¡Y esto es llevado a altas librerías católicas, al parecer, por el representante de una editorial o distribuidora católica! ¿Ignorancia? ¿Ceguera? ¿Cripto-marxismo e infiltración declarados? ¿Todo a la vez?

Sigamos. Otra cosa que se advierte en casi todas las librerías católicas es la absoluta desaprensión e inobediencia frente al **"Monitum"** del Santo Oficio **contra las posiciones teológicas y filosóficas de Teilhard de Chardin**: los libros teilhardianos siguen casi siempre a la vista y se venden a cualquiera; y en alguna en que no están a la vista hemos podido comprobar que los venden también al primero que los pide. Así se exhibe y vende un libro de este autor llamado **"Lo crístico"**, traducido por un Seminario de Teología que funciona en Río Bamba 1038. Pero hay más: un libro fervientemente pro-teilhardiano, del muy de moda ex marxista y hoy progresista Ignace Lepp, **"La Nueva Tierra"**, ha sido editado en castellano por una librería católica, y se vende y expone abiertamente en las más altas instituciones católicas. Dos muestras acerca del espíritu que este libro infiltra en los católicos: por un lado, hablando de la encíclica "Humani Generis" —tan desfavorable, sin nombrarlo, a Teilhard—, cuenta Lepp que él se sentía muy preocupado y consternado cuando apareció; pero que Teilhard lo tranquilizó diciendo: **"no se preocupe; dentro de 50.000 años ¿quién se acordará de esta encíclica? En cambio, la evolución continuará"** (no es transcripción textual); por otro lado, en la última página de su obra relata Lepp que tenía un amigo que quería propiciar la reforma de la Iglesia dirigiéndose al Papa y a los Obispos, y que él le contestó **que eso era perder el tiempo: la reforma de la Iglesia sólo se lograría yendo a los fieles mismos y cambiándoles la mentalidad, y así el Papa y los Obispos se verían obligados a cambiar también** (!). ¿Este es el "espíritu sobrenatural de filialidad y obediencia" que se inculca a nuestros fieles en y por libros que se venden en altas instituciones católicas? Nótese que la táctica coincide con la que propugna el marxismo para copar y destruir la Iglesia: infiltrarse en ella, cambiar la mentalidad de los fieles e introducir una dialéctica entre ellos y la Jerarquía, para herir al Pastor y disolver el rebaño.

Asimismo, en ciertas nuevas instituciones culturales católicas se estaría por propiciar un "catolicismo de izquierda", sin en-

señanza del tomismo porque —según creen sus organizadores— "el Concilio está por cambiar todo eso", y se admiraría una posición ante el marxismo que sostiene que el ateísmo de Marx y del socialismo no tiene raíces primordialmente religiosas, sino políticas: sería algo así como un malentendido nacido del apoyo de los cristianos a regímenes reaccionarios. (Olvidan que Marx fue ateo antes de enterarse del problema social; que el comunismo marxista es "intrínsecamente perverso" [**Divini Redemptoris**] porque no ama por justicia ni misericordia a los proletarios, sino que los utiliza como arma en la lucha por la destrucción de los últimos restos de la ciudad greco-romano-cristiana, y en la edificación del Estado mundial ateo y totalitario; que, por fin, la "izquierda" no consiste **esencialmente** en estar con los pobres y con la justicia social, sino en la antedicha instrumentación de estas causas en pro de la nueva "Humanidad" centralizada y sin Dios, dios de sí misma) [1].

Vemos, pues, qué rojas nubes preanuncian tormenta en nuestra Iglesia y en nuestra patria; no dudamos de que nuestra Jerarquía sabrá poner coto a estas peligrosas infiltraciones y a la aún más peligrosa debilidad y penetrabilidad de tantos medios católicos. **Exsurge Domine et vindica causam tuam!** [2].

THOMAS

[1] "La filosofía (atea) encuentra en el proletariado sus armas materiales"; "Es necesario formar una clase con cadenas radicales"; "El pueblo debe ser obligado a la revolución por sus necesidades materiales" (K. MARX, **Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel**, trad. franc. Molitor, edit. Costes, París, 1952, t. I). "El marxismo no va al pueblo porque éste sea débil, sino porque es una fuerza" (H. LEFEBVRE —marxista—, "El marxismo", edit. Eudeba).

[2] El ejemplo y voz de orden para esta necesaria reacción lo acaba de dar el Pontífice felizmente reinante: "(la) concepción que no puede ser definida sino con el término ambiguo de progresista: no es más cristiana, ni católica" (S. S. Paulo VI, discurso a sus antiguos diocesanos de Milán, 11 de agosto de 1963; cfr. revista "Permanences", París, marzo de 1964, pág. 30).

LA SALVACION DEL MUNDO

En estos días el pueblo cristiano se enteró de una noticia que únicamente lo puede llenar de alegría. En Roma, antes de volver a sus respectivas sedes, 510 Obispos diocesanos, alrededor de la tercera parte del Episcopado mundial, pidieron al Santo Padre que consagre al mundo, y en forma especial y explícita a Rusia y demás naciones dominadas por el comunismo, al Inmaculado Corazón de María, y que mande que todos los Obispos del orbe realicen, unidos a El y en el mismo día, esta misma consagración. Viendo la catástrofe que nos acecha, de la que, por ejemplo, el Brasil se salvó por poco y mucho nos tememos que sólo momentáneamente, y que Chile está en grave peligro de caer, salta más a la vista la necesidad de recurrir a la Auxiliadora de los Cristianos.

Hay algunas personas de poco criterio, es realmente el calificativo más leve que podemos aplicarles, que sostienen la conveniencia de no hablar mucho de la Virgen por prudencia hacia nuestros hermanos separados. A tal monstruosidad cualquier católico puede contestar: si la conversión de nuestros hermanos separados es una gracia, a Quién más prudente recurrir que a la Mediadora de todas las gracias, a la Madre de Dios. Los disidentes no van a volver al cayado de Pedro por nuestra diplomacia humana, sino por la oración, el sacrificio y la santidad. Como bien dijo Juan XXIII al convocar el Concilio, que los que no estén bajo la autoridad del Papa vean la verdadera faz de la Iglesia y se maravillen de Su belleza y se unan a Ella. No es escondiendo la Verdad que se consiguen conversiones.

Volviendo al tema, veamos en qué se funda esta petición. Es sabido que la Santísima Virgen María se apareció en Fátima a tres pastorcitos, de los cuales la única que vive es Lucía. Pues bien, Nuestra Señora profetizó que el Papa le consagrará Rusia. Efectivamente así se hizo. Pío XII consagró, en 1942, al mundo y, en 1952, a Rusia, al Inmaculado Corazón de Nuestra Señora. Mas, mucho después de las apariciones, Lucía escribió al Santo Padre lo siguiente: "En varias comunicaciones íntimas, Nuestro Señor no dejó de insistir en este pedido (de consagración), prometiendo últimamente, si Vuestra Santidad se digna hacer la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María con

mención especial de Rusia, y ordenar que, en unión con Vuestra Santidad y al mismo tiempo, lo hagan también todos los Obispos del mundo, abreviar los días de tribulación con que tiene determinado castigar a las naciones por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y varias persecuciones a la Santa Iglesia y a Vuestra Santidad". ("Era uma Senhora mais brilhante que o Sol"..., P. João B. De Marchi I. M. C., 3ª edición, Cova de Iria, pág. 312).

La reunión de todos los Obispos del orbe católico en torno al Vicario de Cristo constituye una ocasión espléndida para cumplir con este pedido. Realmente debemos estar muy agradecidos por la bondad y clemencia de Nuestro Señor Jesucristo, que con tanta facilidad nos abrevia los castigos y rezar y pedir por todos los medios que este acto expiatorio de nuestros múltiples pecados se haga. La opinión pública católica puede ser una excelente ayuda para los Obispos y les puede señalar la urgencia de tal consagración, dada la gravedad de la situación mundial. Hay que hacer notar que no se trata de un acto del Concilio, sino del Papa, en unión con todos los Obispos del mundo. Por esta razón la solicitud fue dirigida directamente al Sumo Pontífice. El texto de la petición, firmada individualmente por cada uno de los 510 Sucesores de los Apóstoles, es el siguiente:

"Beatísimo Padre, Yo, firmante, humildemente postrado a los pies de Vuestra Santidad, presento reverente esta petición.

"Atendiendo al deseo de la Beatísima Virgen María, que, apareciendo en Fátima, pidió la consagración del mundo con mención especial de Rusia, a ser hecha por el Sumo Pontífice juntamente con todos los Obispos católicos, uniendo mi voz al deseo de numerosos firmantes, y movido por la gran esperanza de obtener la paz para nuestra época turbada, remover las causas profundas de la apostasía, conseguir la conversión de los adeptos del comunismo, impetrar la intercesión de Aquella que «Sola aplastó todas las herejías en todo el orbe», obtener la libertad de las naciones en las cuales la Iglesia es perseguida, promover ubérrimos frutos de renovación de la vida cristiana de los fieles.

"Ruego y suplico que Vuestra Santidad quiera consagrar al Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen María el orbe universo, y de modo especial a Rusia y las demás naciones dominadas por los sectarios del comunismo, así como Se digne ordenar que, en unión con el Sumo Pontífice y en el mismo día, todos los Obispos del orbe católico hagan la misma consagración del mundo y de aquellas naciones. Ruego quiera Vuestra Santidad componer la fórmula de la consagración y enviarla a todos los Obispos.

"Ruego igualmente quiera Vuestra Santidad en el día escogido en Roma, de modo solemne, hacer esta consagración.

"El deseo de tal consagración surgió entre los Obispos con ocasión del Concilio Ecuménico Vaticano II, como complemento

de los actos del Papa Pío XII, de feliz memoria, que en 1942, al conmemorarse el 25 aniversario de la aparición de la Bienaventurada Virgen en Fátima, consagró toda la tierra al Inmaculado Corazón de María Virgen, y después, en 1952, consagró al mismo Purísimo Corazón los pueblos de Rusia.

"Imploro con insistencia, para mí y para mi rebaño, la Bendición Apostólica. Et Deus."

LA VISITA DE JEAN OUSSET A BUENOS AIRES

Desde el 8 al 22 de mayo ha sido nuestro huésped Jean Ousset, fundador del Movimiento de La Ciudad Católica y de diversas obras que persiguen, por el estudio y por la acción, la concreción del bien común.

Es innecesario referirse a la personalidad del visitante. Su obra es vastamente conocida y apreciada en nuestro país —tres de sus trabajos han sido editados en la Argentina: "Para que El reine", "Marxismo-leninismo" e "Introducción a la política"—, constituyendo ya legión los que de una manera u otra se inspiran en esos estudios, fieles reflejos todos ellos de la doctrina social de la Iglesia Católica, para sus actividades políticas e intelectuales. Obra de filósofo, de teólogo ajustado a la palabra divina, de teórico de la política, todo ello con el testimonio de la propia conducta. Obra no afectada por la pasión del polemista, actividad a la que voluntariamente renunció en pro de la eficacia y de la comprensión, callando toda réplica, toda parcialización, cuando podría haber causado desorden o confusión.

Con este aval, Jean Ousset ha mantenido contactos con diversas organizaciones argentinas, ha ofrecido reuniones de prensa y ha dictado conferencias, entre otras en la Universidad Santa María de Buenos Aires y en la Universidad de Olivos, Bartolomé Mitre. En todas estas actividades cumplidas en esta nueva visita a nuestro país, dejó la reiterada impresión de un pensamiento maduro y tradicionalista, construido sobre el respeto y adhesión a la Verdad, sostenido por la caridad e inspirado por la prudencia cristiana.

¿ACCIÓN O CONTEMPLACIÓN?

Para continuar siendo cristianos en el mundo de hoy

A continuación transcribimos un artículo del P. R. T. Calmel O. P., que originalmente fue publicado en "Itineraires". El tema nos ha parecido de una vigencia indudable y las soluciones propuestas, extraídas de la tradición más pura y no de una "maniática admiración por los descubrimientos pastorales", son tan ineludibles como realistas. El artículo no sólo propicia el retorno a la contemplación, a la que somos convocados por el Bautismo, como medio de formación, como instrumento de fortaleza, sino que entra de pleno a considerar las condiciones del mundo moderno, su "anticivilización" como la llama el autor, y por sobre todo, ese miticismo modernista y cuasi herético que de cualquier manera trata de "entrar", de acercarse, de convivir, olvidando, despreciando y aun derogando —se entiende que en sus corazones y en sus inteligencias— las leyes de la Redención y de la Encarnación. He aquí los tres temas que han sido objeto de preocupación del P. Calmel en este artículo que por tantos motivos resulta recomendable a nuestros lectores: el mundo moderno y su desorden, una claudicante vocación de convivencia a cualquier precio del progresismo en cualquiera de sus fases —naturalismo, teilhardismo— y, finalmente, la verdadera solución no arrancada de las circunstancias ni amasada al calor de la deserción, sino derivada de los principios eternos y de la armonía de la sabiduría tradicional —sabiduría que ciertamente incluye, como lo recuerda el autor, la paz amorosa del labriego y del artesano—. Muy especialmente es dable recomendar la meditación acerca del concepto de caridad, hoy tan equívocamente instrumentado por el progresismo para permitirse cualquier clase de acercamientos, cualquier componenda con el Enemigo, o para justificar todo desfallecimiento en esta lucha diaria por continuar fieles al Señor. Porque como lo recuerda el autor —verdad tradicional—, el segundo Mandamiento no deroga al primero, antes bien lo supone y lo incluye, porque el Amor requiere a la Verdad.

El alboroto de los aparatos de radio me perseguía hasta en la pequeña sacristía de una iglesia de pueblo en la que me había refugiado para redactar los primeros apuntes para este artículo. ¿Adónde, pues, habría que retirarse para encontrar un marco y un ambiente no demasiado incompatible con la contemplación y el recogimiento? Se ha hecho realmente difícil evitar el fondo sonoro, el fondo de estupidez sonora que es una de las plagas de la civilización moderna. Incluso la tranquilidad del alma y del espíritu en el transcurso de una misa, a veces en el curso de una misa de difuntos, no está del todo asegurada. No es raro que un sacerdote lleno de maniática admiración por los "descubrimientos pastorales" recientes interponga una especie de curso

de liturgia entre vuestra alma que quisiera caer en oración y el Señor ofrecido en el sacrificio.

Estamos en un mundo que ha resuelto abolir las condiciones más elementales de la contemplación, tanto para el estudio como para la vida religiosa y aun sencillamente para la vida. Pese a ello retomo las palabras tradicionales sobre la primacía de la contemplación en todos los estados. Creo, en efecto, en la virtud salvadora de la verdad tradicional, cualquiera sea la presión de las costumbres, la confusión o la mentira. Mostraré, por tanto, que la vida de la gracia, por el hecho de tender a la caridad perfecta, conduce también, en un mismo movimiento, hacia la contemplación mística, la contemplación de los santos; a continuación, cuál es la relación entre la acción y una contemplación de esta índole; por último, cómo la ley natural primordial del espíritu humano es ley de contemplación, tanto en el estudio especulativo como en las artes y trabajos diversos; indicaré también, de paso, de qué manera se realiza esta ley natural en el régimen cristiano.

Hace ya más de treinta años que la acción católica se estableció y se desenvuelve en nuestro país y no parece haberse esforzado en una búsqueda simultánea de la contemplación: parece, al contrario, que en muchos sectores "la participación oficial de los seglares en el apostolado de la jerarquía" se ha dejado invadir por una voluntad de eficacia poco cuidadosa de los medios y poco abierta al espíritu de Cristo. Con tal de que siempre —como se dice ahora— se consiga "entrar" en el ambiente y se obtenga la audiencia de los contemporáneos. Audiencia, ¿para decirles qué, exactamente? ¿El misterio de la redención del pecado por la sangre de Cristo, o las últimas experiencias y descubrimientos que pretenden asegurar la felicidad aquí abajo fuera de toda conversión verdadera?

Se pueden encontrar capellanes, directores de obras y predicadores de colectas para proponernos un tipo nuevo de vida apostólica, más o menos liberada de las exigencias tradicionales. Ya no se pediría al apóstol aspirar con todas sus fuerzas a dejarse transformar por el Espíritu de Cristo, a disponerse a esa transformación por la ascesis, la vigilancia y la oración; ya no habría más necesidad de orar mucho, de orar siempre.

¿Cómo disipar tales errores? ¿Estáis tan captados por el espíritu del mundo que ya no advertís que el objeto de la acción apostólica es propiamente sobrenatural? Sin duda, para trabajar en la conversión de vuestros hermanos, no se os pide seais consumados en santidad, eso sería una exigencia demasiado irreal, se os pide, no obstante, advertir que se trata en realidad de conversión, de un cambio de corazón, de un movimiento de la libertad que sobrepasa los recursos humanos y que solamente el Espíritu de Cristo es capaz de realizar. Vosotros no sois más que

pobres instrumentos; no por cierto intercambiables, pero tampoco indispensables; servidores inútiles. Si deseáis que los servidores inútiles no se vuelvan mensajeros perjudiciales, ¿cómo podríais no desear ser captados por el Espíritu de Cristo, transformados en El, movidos por El? Recordad que el apostolado de los Doce no comenzó en el mundo hasta después de aquel retiro en el Cenáculo, en compañía de María, Madre de Jesús, y cuando descendió sobre ellos la plenitud del Espíritu Santo. Sólo entonces se volvieron capaces de pronunciar como es debido el nombre de Jesús (I Cor. XII, 3), de gritar Abba, Padre (Rom. VIII, 5), de enseñar a los hombres infaliblemente todo lo que Jesús les había enseñado primeramente (Mateo, in fine).

Puede ser que, en efecto, ya no sepáis estas sencillas verdades; puede ser que los comentarios equívocos sobre los "requerimientos de un universo en pleno crecimiento" os hayan hecho olvidar el orden propio del apostolado, que es sobrenatural; las cualidades primordiales del apóstol, que son el desprendimiento de sí y la entrega a Nuestro Señor. Ya no se os habla de contemplación. Hay que hacer lugar a las adaptaciones. La contemplación sólo sería buena para los monjes.

En verdad, todos los cristianos, sean monjes o no, sean miembros de la acción católica o no, son llamados a la contemplación, por la razón manifiesta de que todos estamos llamados a la completa unión con Dios, a la perfecta caridad, a unirnos con Cristo. "Ese día conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí, y yo en vosotros" (Jo. XIV, 20). "Permaneced en mí y yo en vosotros" (Jo. XV, 4). "Así como el Padre me ama, así también os he amado, permaneced en mi amor" (Jo. XV, 9). "Que el amor con que tú me amaste sea de ellos, y yo en ellos" (Jo. XVII, 26). "Si alguien me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada en él" (Jo. XIV, 23).

El lector me permitirá intentar una rápida exposición teológica que al menos haga entrever la naturaleza y el alcance de la vida en Cristo, de la unión con Dios.

Antes de pasar a consideraciones más concretas y para evitar desviarnos, tratemos de fijar una definición básica. La contemplación de los santos es un conocimiento de Dios, sobrenatural desde todos los puntos: no adquirida y abstracta como el saber teológico, sino experimental e infusa; concedida por gracia del Espíritu de Dios al alma habitada por Dios, al alma en estado de gracia que avanza en verdad hacia la perfección del amor.

Este conocimiento es experiencia y gustación; experiencia árida o consoladora pero siempre tranquilizadora en definitiva; se realiza al mismo tiempo que la fe; se hace penetrante por la connaturalidad de amor y por la acción de los dones del Espíritu Santo. La contemplación de los santos supone cuatro datos inse-

parables: primeramente la morada de la Trinidad en el alma en estado de gracia, morada que sobrepasa infinitamente la presencia de Dios en toda criatura, y que es de un orden distinto. En segundo término la caridad con la connaturalidad que establece con Dios, y una caridad suficientemente enraizada y purificada; en tercer lugar, la fe, que es el único medio proporcionado de conocer a Dios en su misterio propio y reservado; en cuarto término, la acción de los dones del Espíritu Santo por los cuales Dios se apodera del alma para hacerla ejercer la fe y todas las virtudes de una manera digna de El. Esta contemplación de los santos, que presupone la purificación del alma, causada por el amor y que abrasa el alma de un amor más grande, más puro, más transformante en Cristo crucificado, esta contemplación mística, puede revestir muchas formas según los caracteres, las edades, los carismas, los estados y las funciones: típica y manifiesta, atípica y velada, acompañada de milagros o muy escueta, sencilla, y austera.

Si el término contemplación, desconocido en las Escrituras y sacado de la filosofía griega, se impuso muy pronto en la tradición cristiana, es porque traducía convenientemente, a condición de repensarlo de acuerdo con la analogía de la fe [1], una de las realidades centrales de la Revelación; es porque las profundidades de la vida teologal demandaban expresarse en términos no de actividad exterior sino de contemplación, un poco como las profundidades de la encarnación del Verbo querían ser formuladas no en lenguaje de arrianismo sino en lenguaje de consubstancialidad. A menudo se me objeta: es suficiente con hablar de caridad. Hablar de silencio, de soledad con Dios, de recogimiento, de oración, de contemplación, eso puede ser excelente para los venerables solitarios del Alto Egipto en tiempos de Constancio o de Teodosio, pero no valdría nada para los cristianos del siglo XX que deben estar "presentes en el mundo". Pero el cristiano debe ante todo estar presente para Dios, igualmente, si no más, en esta época desquiciada de los grandes imperios tecnocráticos que en los siglos menos agitados de Constancio o Teodosio. Es por la caridad, la caridad nacida de la fe, que el cristiano está presente en Dios. "Si alguien me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará e iremos a él y haremos nuestra morada en él" (Jo. XIV, 23). "El que ama mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi Padre y yo lo amaré y me manifestaré a él" (Jo. XIV, 21). "He aquí que vengo a la puerta y golpeo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, comeré con él y él conmigo" (Apoc. III, 20). ¿No veis que sería imposible evocar, aun de lejos, ese misterio de intimidad divina si os atrevierais a ex-

[1] Sobre este punto, ver Maritain, Grados del Saber, págs. 479 a 484 (edic. francesa).

cluir el recogimiento, la oración y el silencio? Quizá se os habrá insinuado, quizá se os habrá proclamado que con el servicio del prójimo basta para acceder a la unión con el Señor; el servicio, la generosidad, la comprensión y la ayuda recíproca; y aun preferentemente la ayuda recíproca bajo la forma racional, racionalizada, mundanizada. Pero, por distintivo que sea el precepto nuevo del amor al prójimo, por necesaria que sea la beneficencia, sin embargo, es la caridad para con Dios lo que cuenta primero, porque es la única fuente de una ayuda recíproca verdaderamente digna de Cristo. Fuera de la caridad para con Dios, la caridad para con el prójimo no es cristiana; no tiene nada que ver con el precepto nuevo por el cual se reconoce al verdadero discípulo; sólo podría llamársela caridad por un intolerable abuso de lenguaje. Naturalmente, el segundo mandamiento es semejante al primero pero no lo reemplaza; no es equivalente ni intercambiable; y si el primer mandamiento, de una manera u otra, no se pone en práctica, el segundo tampoco será observado verdaderamente. Justamente porque Nuestro Señor Jesucristo nos ha dado primeramente [2] el de amar al Padre a la perfección, en El nuestro Redentor, y en su Espíritu Paráclito, por eso ha podido prescribirnos amar luego al prójimo como El mismo lo ha amado. Si estamos apartados del amor de Dios, separados del amor de Dios que le comunica su savia y su pureza, el amor de nuestros hermanos no será cristiano.

Ahora bien, la caridad para con Dios que se desarrolla necesariamente en caridad para con el prójimo, nos encarrila no menos necesariamente en el camino de la contemplación, que a su vez abrasa el corazón de caridad para con Dios y con el prójimo. Porque nos es imposible amar a Dios sin sentir deseo de acordarnos de El en la fe, considerarlo, bastarnos con El y que El sea nuestro todo. Es tanto más imposible porque si amamos a Dios es en el Espíritu Santo; ahora bien, el Espíritu Santo, que nos ha sido dado desde el bautismo y que ha expandido la caridad en nuestro corazón, nos ha colmado al mismo tiempo de sus siete dones; por medio de esos dones tiende a llevarnos de su mano, a conducirnos, a hacernos vivir como verdaderos hijos de Dios en todas nuestras actividades interiores y exteriores. El cristiano que está convencido de que verdaderamente ha recibido la fe, la esperanza y la caridad y que está destinado a ser guiado por el Espíritu de Cristo, ese cristiano no tardará en captar, que, de una manera u otra, el Espíritu de Cristo debe transformarlo en contemplativo de Cristo.

Para mejor percibirlo retomemos las explicaciones tradicionales: estamos llamados a la perfección del amor, es decir, a la transformación total en Cristo, lo que nos exige abandonarnos

[2] Se trata evidentemente de una anterioridad de naturaleza y no de una sucesión cronológica.

enteramente, cualquiera sea la forma que adopte ese desprendimiento de nosotros mismos: inmolación oscura de los confesores, holocausto sangriento de los mártires, ofrenda inmaculada de las vírgenes, sacrificio oculto de las santas mujeres. Ahora bien, a esa cima de desprendimiento, que es ante todo una cima de amor, no llegamos sin ser conducidos, movidos y elevados por el Espíritu Santo. Abandonados a nosotros mismos, en efecto, aunque fuera con las virtudes teologales, nos serviremos de las virtudes teologales señalándolas con las debilidades y bajezas de nuestra naturaleza. Si somos nosotros solos los que conservamos el manejo de esas virtudes, nos serviremos de ellas miserablemente. No sucede con las virtudes teologales como con nuestras facultades naturales; éstas son lo propio de nuestra naturaleza, estamos espontáneamente adaptados a servirnos de ellas como es necesario —aun cuando, desde la caída, tengamos necesidad de ser curados por la gracia—. Pero, finalmente, si nuestras facultades naturales están a nuestro nivel, las virtudes teologales están solamente al nivel de Dios; pertenecen al orden mismo de Dios en su intimidad. Por lo tanto, para ejercerse según la perfección, pureza y dignidad que convienen a Dios, es necesario que sean tomadas de la mano por el Espíritu de Dios. Eso es lo que permiten los Dones del Espíritu Santo. Son siete porque se ajustan a todas nuestras potencias sobrenaturales de vida interior y de acción: las tres virtudes teologales y las cuatro virtudes cardinales. Están conexos, unidos, vinculados, unidos en la Caridad que es el don de Dios por excelencia.

Así pues, en ningún espíritu creado, ni en el ángel ni en el hombre, las virtudes teologales pueden ejercerse convenientemente y la caridad puede alcanzar su perfección de unión y pureza, a menos que la criatura esté movida por el Espíritu de Dios, que pase a su total dependencia; a menos, como dicen los teólogos, de entrar en el régimen de los dones del Espíritu Santo. He ahí por qué, en el Nuevo Testamento, nuestro Señor ha insistido varias veces sobre el envío del Espíritu Santo y sobre la misión de ese Paráclito, Consolador y Defensor (Jo. VII, 37-40; XIV, 15, 17 y 20; XV, 26-27; XVI, 7-15. Hechos de los Apóstoles, I).

En la medida en que el alma es conducida por el Espíritu Santo, se desprende del gusto miserable de sí para entrar en la experiencia de Dios que mora en ella y en quien ella mora; conoce por experiencia quién es el Señor y su infinita bondad y su sed inimaginable de la salvación de los hombres. En esa alma no solamente la fe se ejerce en conexión con el amor, sino que bajo la influencia de los dones del Espíritu Santo, la fe se hace "transluminosa". Sin duda que es siempre la noche de la fe, no es la visión cara a cara; pero la experiencia del misterio de Dios en virtud de la caridad y de los dones se ha hecho tan íntima, tan profunda, tan segura, que el misterio de Dios se vuelve, en cierta manera, transparente. Esta fe inspirada, esta mirada con-

templativa nutre la caridad y la hace más intensa. La Caridad a su vez inclina de nuevo a la contemplación, la vuelve más penetrante y más deleitosa. Existe un mutuo envolvimiento, una incesante intercomunicación entre la contemplación y la caridad.

Como lo dijo Maritain en un poderoso análisis, siguiendo a San Juan de la Cruz y Juan de Santo Tomás, "la contemplación (mística) es una experiencia de amor y de unión. La Caridad, al crecer, nos transforma en Dios al que alcanza inmediatamente en sí mismo; esta transformación cada vez más perfecta no puede cumplirse sin repercutir en el conocimiento (puesto que el espíritu es interior a sí mismo), el Espíritu Santo se sirve de esta transformación amorosa en Dios, de esta connaturalidad... como del medio propio de un conocimiento deleitoso y penetrante, que a su vez vuelve el amor de caridad tan plenamente posesivo... como es posible aquí en la tierra... La contemplación no es solamente para el amor sino realmente por él... Y puesto que este amor deriva de la fe, es menester afirmar que la fe, la fe viva formada[3] por la caridad e ilustrada por los dones del Espíritu Santo es el principio mismo de la experiencia mística" ("Grados del Saber", págs. 669 a 673). Esta experiencia es árida o consoladora, pero en definitiva siempre tranquilizante.

Sin duda, según los temperamentos y los carismas, el Espíritu Santo actúa en unos sobre todo por los dones relativos a la acción (dones de consejo, de piedad, de fuerza y de temor); en otros actúa sobre todo por los dones relativos a la vida interior (dones de sabiduría, de ciencia, de inteligencia y de temor). Pero todos los dones afectan la vida interior por la caridad en la que están enraizados. He aquí por qué en el orden de la prudencia o de la justicia o de la fuerza, o de la pureza o de la humildad, el cristiano que es guiado por el Espíritu Santo ha sido primero inflamado de amor e inspirado por el don de sabiduría; por ese mismo hecho ha percibido un cierto gusto de Dios; ha entrado en una cierta contemplación de los misterios divinos que permiten por ejemplo a la prudencia ser digna del consejo de Dios; que hacen, por ejemplo, a la pureza, la fuerza, la humildad, semejantes a ese que se nos aparece como el Modelo Unico, Cristo Jesús. La inspiración, la guía del Espíritu Santo, incluso cuando se manifiestan sobre todo por los dones de la vida activa, presuponen, con la caridad, un cierto ejercicio de los dones contemplativos. Aquél que, en efecto, no tenga el gusto de Dios, aquél que no tenga el conocimiento experimental de Dios surgido de la caridad y del don de sabiduría, ¿cómo podría dirigirse hacia Dios? De suerte que, aun en la vida activa, si estamos guiados por el Espíritu Santo —y ello es menester so pena de no amar convenien-

[3] No entender: la fe engendrada por la caridad sino la fe vivificada, animada por la caridad; la palabra "formada" está tomada en el sentido escolástico de la palabra "forma" en el orden moral. IIa-IIae u. 23, arts. 7 y 8.

temente— es porque el Espíritu Santo ha comenzado por hacernos, en cierta medida, contemplativos.

Ya son unos treinta años que estas virtudes tradicionales han sido nuevamente defendidas e ilustradas por la escuela carmelitana y sobre todo por la dominicana, que entonces se incorporaba totalmente a la escuela tomista. Los tratados del Padre Garrigou-Lagrange se impusieron —se impondrán siempre— por su solidez impresionante, quizás algo pesada, un poco masiva. Mientras tanto los ensayos de Maritain, no menos sólidos, se distinguen por una extremada lucidez sobre el tema sujeto humano, su misterio propio. En su fidelidad a los principios eternos concede una emocionante atención a la condición más extendida entre los bautizados, que es la de la vida activa. Por eso, al explicar la naturaleza y el primado de la contemplación y cuán inseparable es del crecimiento de la caridad, Maritain la distingue delicadamente [4] en contemplación típica y atípica; deslumbrante como en San Juan de la Cruz, o menos aparente como en San Luis.

En todo caso, si hay una conclusión que se desprende de los estudios magistrales del Padre Garrigou y de Maritain, es que el Espíritu Santo debe apoderarse del alma para hacerla llegar a la perfección del amor; ahora bien, no puede apoderarse del alma sin volverla contemplativa aun cuando esa alma esté ocupada en la acción exterior; entregada a la acción, no es captada en absoluto por la acción sino por Dios. El alma considera a Dios, conoce a Dios por experiencia, y Dios la conserva recogida en sí mismo y le muestra lo que espera. Un alma semejante, gusta de repetir Thibon, realiza las obras de Marta con el corazón de María. "Así, si habéis resucitado con Cristo buscad las cosas de lo alto, allí donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Tened gusto por las cosas de lo alto, no por las cosas de la tierra. Estáis muertos, en efecto, y vuestra vida está oculta en Dios con Cristo" (Col. III, 1-3).

Como lo dice el epitafio de una santa mujer del siglo XVII:

Antes de pagar tributo a la naturaleza. Su alma, elevándola
más allá de sus ojos,
Había unido la criatura al Creador
Y andando sobre la tierra, estaba en los cielos.

La perfección de la caridad, que es el todo de la vida cristiana, exige el primado de la contemplación y es impensable que se adapte al primado de la acción. De suerte que el desprecio de la contemplación es el signo de un desprecio de la caridad; quiero decir la caridad sobrenatural, ese fuego divino que el Se-

[4] Ver, por ejemplo, el admirable librito "Liturgia y Contemplación" (ed. Desclée de Brower, París).

ñor mismo ha venido a encender en la tierra (Luc. XII, 49); ese fuego que procede de Cristo inmolado y redentor, el único que confiesa nuestra fe; y no ese Cristo motor y propulsor de la evolución cósmica inventada por el arrianismo contemporáneo. Como estáis deslumbrados por los espejismos y mentiras de la "construcción de la tierra" y de "la amorización", rechazáis el primado de la contemplación, porque rechazáis lo sobrenatural, la caridad sobrenatural.

Se trata de mucho más que de una querella de palabras, una disputa sobre tal o cual vocablo de espiritualidad como recogimiento, silencio, soledad, oración. Si, según vosotros, lo que tenéis aún la audacia de llamar Caridad exige, antes que nada, y quizá exclusivamente, organizar la producción o la seguridad social, desarrollar las actividades deportivas, hacer estallar el átomo y lanzar cohetes al espacio, en lugar de mantenernos antes que nada recogidos y en adoración en presencia de Dios bienamado, en lugar de oírlo hablarnos al corazón e instruirnos en la fe y el amor sin bullicio de palabras, si habéis subvertido el orden de la caridad [5] es porque vuestra caridad no es cristiana. Si fuese cristiana habría adoptado en primer lugar el precepto que está primero: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas; amor de Dios del cual deriva la contemplación y que es nutrido, purificado, hecho "fructífero" por la contemplación; amor de Dios fuera del cual el amor de los hombres no es cristiano y el servicio de los hombres no se realiza con los sentimientos de Dios.

Se puede notar aquí que es de las verdades relativas a la vida espiritual como de las verdades dogmáticas. Cuando los cristianos las rechazan, es, en definitiva, por no creer en el amor de Dios. Así, para los arrianos del siglo IV, Cristo no era consustancial al Padre, porque no sabían reconocer que el Padre ha amado a los hombres hasta el punto de darles su propio Hijo Unico, quien asume en la unidad de su persona nuestra carne mortal, gracias al Fiat de la Virgen María. Igualmente, en nuestros días, si el teilhardismo omite sistemáticamente afirmar que Cristo vino como Redentor del pecado, es por no admitir el amor de Cristo tal como es: un amor infinito en el que la Víctima inocente carga con nuestros pecados, nos merece la gracia, nos abre las puertas del Cielo; para el teilhardismo, el amor de Cristo con respecto al género humano se resuelve todo entero en un plano natural: acelerar e impulsar no sé qué ascensión evolutiva. Asimismo, si también el teilhardismo enseña a su manera la primacía de la acción exterior [6] en nombre de una sedicente caridad,

[5] V. I-IIae, cuestión 26.

[6] Más exactamente, para Teilhard la contemplación está totalmente reabsorbida en la acción; no hay distinción posible, para el teilhardismo, entre acción y contemplación. Ver, por ejemplo, en el "Medio Divino" (ed.

es por no creer que Dios nos ha amado como lo ha hecho: desde el bautismo, muy lejos de haber desarrollado una suerte de poder natural de evolución, N. Señor Jesucristo ha expandido en nuestro corazón un amor sobrenatural que nos une a El, que tiende a hacernos crecer en El, en el Padre y en el Espíritu Santo, orantes y contemplativos; y la caridad para con nuestros hermanos, cuando es digna de ese nombre, no es otra cosa que la extensión de la caridad que nos hace permanecer en Dios.

Observemos ahora que las palabras del Señor sobre la necesidad de permanecer en su amor no han sido dirigidas solamente a los carmelitas y a los cartujos. Todos los bautizados deben y pueden oírlas; en la religión cristiana no existe esoterismo alguno en la contemplación. "Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos nuestra morada en él... Permaneced en mi amor". Eso es afirmado sin restricción para todos. Pero justamente, para que la contemplación sea accesible a todos los cristianos, incluyendo los de la vida activa, también es necesario que sean respetadas ciertas condiciones fundamentales[7]: frecuentación asidua de los sacramentos, voluntad práctica de renunciar a sí mismo por amor, tendencia a una oración siempre más pura y más habitual, preservación de

du Seuil, París, pág. 50): "en virtud de la inter-relación materia-alma-Cristo, con cualquier cosa que hagamos volvemos a llevar a Dios una parte del ser que desea". Nótese: ¡¡cualquier cosa que hagamos!! Y no en virtud de la caridad, en virtud de la interrelación materia-alma-Cristo. Más adelante, aún más claramente (pág. 56): "Reconoced la conexión incluso física y natural que relaciona vuestra labor a la edificación del reino celestial y ya no tendréis, al abandonar la iglesia por la ciudad bulliciosa, más que el sentimiento de continuar inmersos en Dios". Así, para morar en Dios entre los trabajos de la ciudad bulliciosa, no es necesario preservar en ella la conversión cuya fuerza hemos extraído de la iglesia; basta reconocer un vínculo inevitable (una conexión física y natural) entre nuestros trabajos y la terminación del Cuerpo místico. La fe en el mundo por venir y en construcción "el reconocimiento" de un mundo tal, se confunde así con la fe teologal. Lo sobrenatural está eliminado por disolución en el cosmos en construcción. Según Teilhard, si la acción debe llegar a ser tal que ya no genere la oración, no será en absoluto porque el cristiano se haya convertido, porque haya llegado a que Dios le baste, porque haya realizado sus acciones con un corazón puro (nutrido por la contemplación y disponiéndose, por la caridad en la acción, a una contemplación más grande); en absoluto. Si la acción debe llegar a ser tal que no impida la plegaria, es según Teilhard porque la tierra (es decir, el conjunto de trabajos, cualquiera sea su animación secreta) constituye fatalmente "el Cuerpo de Aquel que es y de Aquel que viene". ("Medio Divino", pág. 202). Confusión de los planes de una rara perfección. Ninguna idea de la distinción de los órdenes (por otra parte, nada más que la especificación de los actos por su objeto; nada más que la especificidad irreductible de los saberes). Un inmenso monismo evolucionista. Después de lo cual, se pretende imponernos a Teilhard como el gran autor espiritual, el pensador sublime, el doctor que continúa a los Padres de la Iglesia. Esta pretensión, dirigida muy a menudo por clérigos de toda clase, es una enorme impostura.

[7] Ver el excelente opúsculo: "De la vida de oración" por Jacques y Raísa Maritain, ed. de l'Art Catholique, París, 1947.

una duración conveniente de silencio, de plegaria, de lectura sagrada.

Pero todo eso, que es demasiado evidente para que insistamos sobre ello, no es suficiente. Más exactamente importa captar lo que significa realmente en la vida activa la voluntad práctica de renunciar a sí mismo por amor. En efecto, la vida activa —es decir, a la vez la actividad que se despliega en medio de los hombres y el ejercicio de las virtudes correspondientes— tiene sus propias leyes, queridas por Dios como la naturaleza de las cosas, según las profesiones diversas y las responsabilidades. Dios quiere que esas leyes sean reconocidas y respetadas, y no alteradas o descuidadas. Fuera de esa justicia y honestidad primeras, la contemplación no tiene posibilidad de florecer en la vida activa. En compensación, es por la contemplación que la vida activa alcanzará la justicia y la honestidad que Dios pide [8].

Ahora bien: no es raro, por desgracia, sobre todo en los seglares deseosos de perfección o en los religiosos, ver un escamoteo de sus deberes más indiscutibles, en nombre de la oración, del abandono a la Providencia y en general de la vida sobrenatural. Esos cristianos empiezan por colocar su vida en la injusticia, la omisión, la pereza, tras lo cual se esfuerzan en la contemplación. Más o menos inconscientemente se vuelven imitadores de Tartufo. Quizás lleguen —a tal punto habrán anestesiado su conciencia— a forjarse estados de oración que edifiquen a un cierto ambiente, pero que en realidad lo mistifican. No por eso su recogimiento, la quietud de su plegaria, deja de ser imagen de esa paz abominable que reina en los sepulcros blanqueados. No es en absoluto la paz viviente, a menudo desgarrada pero radiante y descendida de Dios, que reina en un alma fiel, inmolada por amor en su humilde deber cotidiano. Esos falsos espiritualistas, que han traicionado las obligaciones de la vida activa, en especial las obligaciones del honor y la justicia, han matado en su corazón la posibilidad de la contemplación verdadera; se han hundido en una oración de mentira... Honor, justicia; pero, me diréis, es la caridad hacia el prójimo lo que debe dominar en la vida activa. Estoy de acuerdo; la vida en medio de nuestros hermanos está regida por el amor de nuestros hermanos, el cual deriva del amor de Dios, que está primero. Sólo que, muy a menudo, es mediante el sentido del honor y de la justicia que se traduce, en lo concreto, el amor a nuestro prójimo. Aun cuando exista una especie de honor en el que el orgullo tenga (al menos tanto) parte como la caridad, no por eso es menos cierto que la caridad para con el prójimo no puede estar fuera del sentido del honor. Así, no defender a los inferiores que están a nuestro cuidado, abandonar-

[8] Ver Mons. Paul Philippe: "Los fines de la vida religiosa según Santo Tomás de Aquino", Ediciones de la Fraternidad de la Santísima Virgen María (Athénes, Roma).

los, permitir que se los calumnie, se los aplaste, se los proscriba, cuando se es su jefe legítimo, abandonarlos, y abandonarlos con palabras piadosas ("mi querido amigo, eso aprovechará su progreso espiritual"), en una palabra, conducirse como un cobarde, es evidentemente faltar al honor y a la justicia, pero es, a la vez, faltar gravemente a la caridad. El jefe que tiene la costumbre de comportarse de esa manera quizá se evita dificultades y molestias, pero comete iniquidad. Después de lo cual podréis decirme que es hombre de oración: os respondo que es sobre todo un hipócrita piadoso. Desconoce una de las primeras obligaciones de la vida activa, que es amar lo bastante como para practicar la justicia, aun a sus propias expensas. Por lo tanto, ¿cómo podría ser auténtica en su alma la contemplación? En ciertos clérigos, seculares o regulares, dignatarios o no, en ciertos seglares que están al corriente del léxico de la espiritualidad, ¿cuántos escamoteos de la caridad para con sus hermanos en nombre de lo sobrenatural, de la vida religiosa o del espíritu evangélico? ¡Cuántas traiciones a la verdadera caridad que tiene bondad suficiente como para ser valerosa, y que es suficientemente reflexiva como para ser equitativa y fuerte!

Contemplación mística en la vida activa, sin ninguna duda, pero empezad por no descuidar las leyes propias de esa vida. Si sois jefes, por ejemplo, pues entonces hay obligaciones muy precisas para cualquier jefe, y particularmente si es cristiano. Si sois directores, o directores de una escuela cristiana, para eso también hay leyes bien definidas relativas a vuestra misión.

Entre tanto, el jefe que no permite ninguna cobardía, que no acepta confundir la mentira con la habilidad, ni la tolerancia con la complicidad, se expone a ser reprendido, difamado, quizá destituido. En cuanto al director de una escuela cristiana que no admite la tiranía laicista de los programas oficiales, que se niega en nombre de esos programas a deformar el espíritu y quizá a sofocar el alma de los niños, corre el riesgo de ser mal visto, no sólo por los inspectores sino también por los padres, hasta tal punto está generalizada la superstición de los programas, hasta tal punto la presión del Estado se ha hecho aplastante en el sentido de imponer a todos exámenes estúpidos so pena de ser rechazados por la sociedad. Porque todas nuestras repúblicas, han decretado que nadie podrá comer ni beber, ni encontrar trabajo, a menos de llevar la señal de la bestia, a menos de someterse al atascamiento oficial de los cerebros con los programas absurdos y laicistas.

Lo que querría hacer entrever es que la aplicación en cada situación de las leyes prácticas de la vida activa es verdaderamente crucificante; eso en todas las épocas, porque en todas las épocas es imposible amar de verdad al prójimo, observar la prudencia (la de Dios), la justicia, la fuerza y la templanza sin tener que cargar con la cruz del Señor. Pero más todavía son

crucificantes la caridad para con el prójimo y el ejercicio de las virtudes morales en una época como la nuestra, en la que la mayoría de las instituciones han sido falsificadas, en la que numerosas profesiones son tergiversadas y ya no son reconocibles, y, tienden, por efecto de la socialización, a convertirse en piezas de un organismo gigantesco de divinización del hombre por el hombre. Es evidente que, en nuestros días sobre todo, el cristiano en la vida activa que quiere ser probo, que lo quiere no sólo por gusto de la probidad y respeto de sí, sino más aún por respeto y por amor al prójimo, ese cristiano se expone cada día más al desprendimiento, al sacrificio, a la muerte interior. Se expone por el hecho mismo a la oración, al regreso suplicante hacia el Señor que mora en él, a la soledad con el Señor, al recogimiento auténtico y contemplativo. ¿Por qué no decírselo? Exhortadores especializados del laicado, que le proponéis una espiritualidad que se titula adaptada, ¿por qué no le enseñáis a reconocer la cruz en su vida, a verla donde se encuentra, a acogerla y bendecir al Señor: esa cruz que lo afecta en lo vivo en la medida misma en que rehusa girar con el viento de este mundo? (Eph. IV, 14). Llevadle más bien vuestra luz y vuestro socorro para permitirle volver a Dios, porque está amenazado de volver a caer sobre sí mismo; está acechado por la desesperación o por la aceptación repugnante de la iniquidad que lo rodea y lo agobia.

"Puesto que después de tanto esfuerzo mi resistencia es vana,
"Me libro a ciegas Al Mundo que me arrastra".

Está acechado por el odio de los hombres, y no sólo por la noble rebeldía contra un sistema social desnaturalizado. Decidle, pues, que el Señor está muy cerca; El lo invita a que se entregue de tal manera a Su amor, que desprendido, desligado de sí mismo, persevere sencillamente, pese a los peores obstáculos, en el honor y la justicia. El Señor lo llama para que llegue a ser su confesor, que es la forma incruenta de la vocación de mártir. Basta con que tenga el sentido de esos llamados de amor para sentir el deseo de volverse contemplativo y así dejarse guiar, a través de las tribulaciones, por el Espíritu de Jesús. La acción del cristiano desempeña un papel de causalidad dispositiva con respecto de la contemplación; pero también se necesita que, en la voluntad profunda, en la decisión de fondo, se prefiera la contemplación.

Durante los treinta años que oigo predicar una espiritualización del laicado y de la vida activa, advierto que se la predica con frecuencia de soslayo. O bien se nos asegura que la acción es lo mismo que la oración (no que debe estar penetrada de oración y que debe inducir a la oración, sino que se identifica con la oración): lo que es crasa estupidez. O bien, y eso está en la tradición, se exhorta a los cristianos de vida activa a la oración y a la unión con Dios, pero en una ignorancia tranquila de las leyes

EL PENSAMIENTO TEXTUAL DE THEILARD DE CHARDIN

Alrededor de la Tierra, centro de nuestras perspectivas, las almas forman en cierta manera, la superficie incandescente de la Materia sumergida en Dios.

No hay concretamente Materia y Espíritu; existe simplemente la Materia convirtiéndose en Espíritu.

(Medio Divino).

Si debido a algún cambio interior, llegase a perder sucesivamente mi fe en Cristo, mi fe en un Dios personal, mi fe en el espíritu, me parece que continuaría creyendo en el mundo. El mundo (el valor, la infabilidad y la bondad del mundo) es, en último análisis, la primera y única cosa en que creo. Vivo por esta fe y siento que me abandonaré a esta fe por encima de todas las dudas en el momento de morir... a la fe confusa en un mundo uno e infalible, me abandono donde quiera que me conduzca.

(Como Creo).

Cristo debe ser amado como un mundo, o más bien, como "el" mundo, es decir como el centro físico impuesto a todo lo que debe sobrevivir a la Creación.

(Archives de Philosophie, T. XXIV, Cuaderno 1).

...ESTA SUFICIENTEMENTE DE MANIFIESTO QUE EN MATERIA FILOSOFICA Y TEOLOGICA TALES OBRAS (las del P. T. de Chardin) ESTAN LLENAS DE AMBIGÜEDADES O, MAS BIEN, DE GRAVES ERRORES QUE ATENTAN A LA DOCTRINA CATOLICA...

Roma, Santo Oficio, 30 de junio de 1962.

de la vida cristiana en nuestra época; una ignorancia semejante no es por cierto un signo de fidelidad a la tradición. No obstante, no estaría fuera de lugar el decirlo: vuestra profesión, vuestras obligaciones y responsabilidades deben estar inspiradas por el amor al prójimo, el cual no existe sin el amor de Dios, la acción del Espíritu Santo, por lo tanto la tendencia a la contemplación: el amor al prójimo exige de vosotros sentido del honor, justicia y fuerza, sin hablar de la prudencia, la pureza, la pobreza y la elección exclusiva de medios puros: otras tantas actitudes interiores que os inmolan profundamente y que no serán valederas

—(por lo cual debéis mantenerlas y no flaquear)— a menos que os dejéis introducir en la contemplación. El sentimiento mismo de lo que debéis a vuestro prójimo y que no podéis darle vosotros mismos, os debe llevar a vivir con Dios y permanecer en su amor.

Exponer esto no es inventar una mística de la acción. "No hay mística de la acción así como no hay mística de la inercia" [9]. Es mostrar con qué íntimos lazos la vida activa está unida a la contemplación. Pero, si se imagina que la vida activa no tiene leyes específicas según las ocupaciones [10], que no exige la elección exclusiva de medios puros, aun cuando fuesen heroicos, si se admite que puede acomodarse muy bien a las deshonestidades y facilidades del siglo, entonces, no será posible que el alma se purifique y se encamine a la contemplación. Al abandonar la vida activa a las mentiras del siglo se le yuxtapone una oración que es ficticia. En eso sin duda pensaba el Padre de Foucauld cuando escribió al General Laperrine: "Al entrar en religión creía que ante todo tendría que aconsejar dulzura y humildad; con el tiempo, creo que lo que más hace falta es dignidad y gallardía" [11].

La cita de "Para que El Reine" dice textualmente: "Había creído, al empezar mi vida religiosa, que tendría que aconsejar, sobre todo, dulzura y humildad; con el tiempo veo que lo que falta la mayor parte de las veces es dignidad y gallardía".

Los antiguos gustaban recordar que la prudencia, esa virtud central de la vida activa, es la puerta de la contemplación. Entendamos que no se trata de cualquier prudencia sino de la de los hijos de Dios, que hace discernir y poner en práctica, en la irradiación de la caridad, las leyes de lo probo y de lo justo, que hace elegir en toda ocasión las condiciones de la fidelidad al amor, que se entrega sencillamente al heroísmo si el heroísmo se vuelve camino de la fidelidad (lo que algún día se produce infaliblemente).

Conviene ahora volvernos hacia las artes y los oficios, y ver ahí qué situación se plantea a la contemplación de los santos, pero primeramente a la contemplación natural, en nuestra época de progreso alucinante de la mecánica y del maquinismo.

No esbozaré un cuadro nostálgico de la situación campesina o artesanal en tiempos de Hesíodo o de Virgilio; una información insuficiente me inhibe para ello y por otra parte creo que hay

[9] Maritain, "El Filósofo en la Ciudad" (ed. Alsatia, París), capítulo sobre los caminos de la fe, in fine, pág. 194.

[10] Para los artistas (y aun para los poetas), Maritain indica la vía de la purificación y de la contemplación en Arte y Escolástica y Fronteras de la Poesía. Sin embargo, no presta suficiente atención a las contingencias actuales: falta de protección por una corporación organizada, escasez del verdadero mecenazgo, tiranía de los comerciantes.

[11] Carta del 6-XII-1915, citada en "Para que El Reine", edic. Speiro, Madrid, 1961, pág. 443.

algo mejor para hacer que nutrirse de vanas lamentaciones por una época, que no careció, ciertamente, de fallas y miserias. Aun en la Edad Media o en el antiguo régimen, cuando campesinos y artesanos estaban libres de la esclavitud, protegidos por los cuerpos intermedios, cuando se hallaban iluminados y consolados por los misterios cristianos, aun en esas épocas benditas faltaba sin duda mucho para que fuesen todos contemplativos en el dominio de su arte, y para que estuvieran todos en marcha hacia la contemplación de los santos. Los siete pecados capitales actuaban siempre, y si bien había instituciones sustancialmente honestas que atenuaban en gran medida la injusticia de los particulares, no podían abolirla. No por eso antiguamente, y sin duda hasta el advenimiento de la industrialización, las artes y los oficios de los hombres estuvieron dominados por la obsesión de la ganancia y pudieron, sin demasiado esfuerzo, sumergirse en la contemplación.

Una observación aun rápida nos lo hará palpable. Cuando atravesamos, por ejemplo, una pequeña aldea, cuando nuestra mirada descubre en un recodo una vieja granja o una pequeña capilla antigua, nos basta observar con un poco de atención para admirar la seguridad, la inteligencia, la solidez de esas estructuras rústicas. Todo ha sido dispuesto con sabiduría, colocado con amor, tanto las vigas como los herrajes, tanto las piedras del umbral como los trabajados ladrillos de las puertas. Se diría que una sensibilidad espiritual muy sutil, muy vigorosa, moraba en esos artesanos, que tenían una herencia de inmensos tesoros de sabiduría y que no la malgastaron.

Y si por ventura tenéis ocasión de encontraros con uno de esos campesinos que han transcurrido su vida como en tiempos de Hesiodo o de Virgilio, pero iluminados con la luz de Cristo, confortados con los sacramentos, devotos de la Santísima Virgen, si conversáis con ellos os impresionará la densidad contemplativa de sus palabras. Por cierto que sus frases no tienen nada de la volubilidad aturdida de tantos hombres de la ciudad que os propinan inmediatamente, a la manera de máquinas automáticas, una sarta de palabras huecas ajenas a toda vida interior. Las frases de esos campesinos se desenvuelven sin prisa, pero son seguras y justas, incapaces de contener palabras que no estén nutridas de reflexión sobre su arte, o sobre la condición humana, o sobre los misterios revelados de Dios nuestro Señor. ¡Qué tesoros de finura, de humildad, de sencilla docilidad a las leyes y a los límites de seres y cosas! Lo que os exponen sobre las tradiciones probadas en la crianza de animales, sobre la manera de reparar muros y caminos, sobre la conservación de los sembrados, sobre los diversos procesos de la labranza según la naturaleza diferente de las simientes, todo ello revela sensibilidad y corazón.

Al escucharlos se comprende que el trabajo en el campo es para ellos un verdadero arte; que jamás es algo aislado de una

fuente contemplativa; incluso es imposible pensar que semejante desnaturalización puede sobrevenirles. Toda su vida ha sido empleada en la acción exterior, en la agricultura y la ganadería —y en primer lugar en el mantenimiento y gobierno de su familia—; pero su vida no estuvo librada a la primacía de la acción. No solamente no estuvieron para nada aguijoneados por el horario, no solamente sus ocios ocuparon buen lugar, sino que sobre todo llevaron en sí, salvaguardaron espontáneamente un fondo de recogimiento y meditación. Por lo demás el mito insensato de la producción siempre acelerada aún no se había abatido sobre los campos, ni se había apoderado de la opinión corriente. Los campesinos aún no tenían que defenderse de ese mito luciferino transformado en escándalo general. Las tentaciones de orgullo y avaricia podían asaltarlos, pero no disponían aún de la potencia de un mito socialmente reconocido, el mito de la producción sin freno [12], del confort y de la eficacia. El arte del cultivo de la tierra y de la ganadería aún no se había deshumanizado porque el primado de la contemplación se mantenía y vivía en profundidad.

He aquí que todo cambia ante nuestros ojos, en primer lugar no por culpa de la técnica, sino por culpa de una idolatría espantosa que ha encontrado en la técnica un instrumento predilecto; la idolatría de la evolución de una humanidad que se bastaría a sí misma (o que, si fuera menester, sería impulsada por quién sabe qué Dios místico en dirección de lo ultra-humano). Yo no diría —sería un absurdo— que la técnica deba ser suprimida: eso sería una nueva idolatría de la que tendríamos que librarnos, de suerte que la técnica fuese por fin puesta en su lugar, en lugar secundario, hasta el cual aún nadie se ha resuelto a hacerla descender: **el lugar de la sierva de la contemplación.** Es condición indispensable para que las artes que hasta el momento utilizan la técnica, recobren su alma y ya no sean arrastradas por el vértigo absurdo de fabricaciones y transformaciones carentes de finalidad digna del hombre.

Las artes contemporáneas de la humanidad y perdurables junto con ella; las artes que cooperan con la naturaleza animal y vegetal, como la ganadería y la agricultura; las artes que cooperan con la naturaleza humana tales como la medicina; las artes que fabrican objetos útiles (no hablo ahora de las bellas artes ni de la poesía); importa que todas las artes, en su nuevo estatuto que se apropia de hoy en más de los recursos de la técnica y su maquinismo, recuperen su alma humana y sean vivificadas por una savia contemplativa.

Eso importa por la dignidad misma de las artes, por el honor del hombre y por el amor de Dios. Porque el amor de Dios encuentra todos los obstáculos posibles para germinar y crecer

[12] Ver, en "Itinéraires" (junio 1963) la carta A los Jóvenes Franceses de Henri.

cuando el obrar del hombre está sometido al jadeo de una producción devoradora, de un rendimiento de exigencias ilimitadas. "El grano que cayó en medio de las zarzas, nos explica el Evangelio, representa a los que, oyendo la palabra de Dios, son ahogados por las ocupaciones de la vida... y no dan fruto" (Luc. VIII, 14). Las ocupaciones y los trabajos, en la época de la vida terrestre del Señor como en todas las épocas, amenazaban sofocar en las almas la palabra de Dios y su amor. No obstante, en la época de San José carpintero y de San Pedro pescador del lago de Tiberíades, las artes y los trabajos guardaban todavía su dimensión humana, no estaban del todo carentes de contemplación. ¿Qué podríamos decir ahora, y qué comprobación más terrible no haría la palabra del Evangelio en nuestra época salvaje, en la que el rendimiento ilimitado es impuesto a las artes y al trabajo como su ley primordial? A sollicitudinibus saeculi... euntes soffocantur et non afferunt fructum... si tal desgracia podía sucederles a los labradores y pastores de Palestina en la aurora del Nuevo Testamento, con mucha mayor razón en un siglo de apostasía en que todo se utiliza para impedir que los hombres reflexionen en profundidad sobre lo que hacen y acerca de por qué están en este mundo.

Bien sé que ciertos sacerdotes se burlan de esto: unos por irrealismo místico, en virtud del principio de que el Evangelio trasciende todas las contingencias humanas. Por cierto que trasciende lo humano, pero no lo viola: exige que lo humano no cause escándalo y se esfuerza por convertirlo en terreno propicio para la gracia divina. Otros sacerdotes están teilhardizados inconscientemente: sin que se den mayor o menor cuenta, la fe en la evolución cristificadora ha sustituido en sus corazones a la fe teologal, para ellos la palabra contemplación ya no tiene sentido: no comprenden nada más que las transformaciones, los impulsos hacia adelante, los fenómenos noosféricos y cristogenéticos que nos harían converger infaliblemente hacia el Punto Omega. De cualquier manera, aunque ciertos sacerdotes estén atacados unos de mística irreal y otros de teilhardismo o progresismo, las leyes de la naturaleza y de la vida sobrenatural no cambiarán. Para alcanzar a la perfecta caridad, y a la contemplación de los santos que le es inseparable, se requiere normalmente que el espíritu del hombre, su vida espiritual, sea respetada, que no se lo despoje, en los trabajos y ocupaciones humanas, del sentido, del gusto y de la posibilidad de la contemplación natural. Ciertamente no es raro ver la contemplación de los santos expandirse en espíritus poco cultivados. Pero esos espíritus no están deformados. ¿Cómo podría la contemplación misma germinar en espíritus moldeados toda su vida contra las leyes de nuestra naturaleza? [13]. Para volver a los sacerdotes, si tienen algún realismo en el celo

[13] He tocado este punto en varios artículos de "Itinéraires": especial-

para la contemplación de los santos, exigirán para sus hermanos condiciones de vida que no se le opongan radicalmente; por ende, que las artes y los oficios retornen a su fuente contemplativa. Lo cual exige en primer término que sean destronados los ídolos demoníacos cuyo culto organiza por doquier el Estado Moderno, las falsas divinidades de la eficacia, del rendimiento y por último de la humanidad que se autotitula beatificada por la producción y las técnicas.

Si todos los cristianos, por el hecho de estar bautizados son llamados —al menos de manera remota— a la contemplación de los santos (típica o atípica) la cual es conjunta con la perfección de la caridad; si una contemplación tal es realizable en la vida activa (y acabamos de ver en qué condiciones), no es menos cierto que la civilización moderna (que representa en realidad una anticivilización), es profundamente anti-contemplativa. Porque tiende a viciar profundamente la vida del espíritu y su ejercicio natural, la civilización moderna hace en extremo difícil la contemplación mística. Los obstáculos que opone no están situados sólo en el plano religioso: no se trata solamente del laicismo que rechaza la Revelación, que niega a la inteligencia la capacidad de recibir la fe y de meditar la palabra de Dios. Se trata de una tentativa de perversión del espíritu que quiere llegar hasta su raíz y lo hiere en su funcionamiento más natural. El mundo moderno no sólo no quiere que el espíritu pueda aplicarse a las cosas sobrenaturales, sino que quiere apartarlo de las realidades naturales en lo que tienen de profundo y sagrado. Al principio de la época moderna Descartes negaba a la teología su dignidad de ciencia, inaugurando esa temible subversión de saberes cuya historia ha rastreado Maritain con la intensidad de visión [14] de un gran filósofo cristiano. Pero hemos andado camino después de Descartes. Después de haber desviado al espíritu de la Revelación divina como algo indigno de su atención, hemos perdido progresivamente el sentido del ser; rechazado la ciencia del ser: la metafísica; exaltado las ciencias de los fenómenos. La metafísica, tras una espantosa intoxicación criticista y anti-intelectualista, se ha degradado con Sartre y sus epígonos hasta llegar a ser una charlatanería sofística, hueca y llena de desperdicios. Esta pérdida del sentido del ser se extiende cada día más en nuestra humanidad. Observad si no con qué tiranía los niños, que están todos obligatoriamente acuartelados en las escuelas, se hallan sometidos a un género de enseñanza que sofoca y confunde el espíritu, en lugar de despertarlo serenamente a las verdades

mente La Unión de los Cristianos (julio-agosto 1960, págs. 69-71) y Dignidad del Rosario (abril 1962, págs. 148 a 150).

[14] Ver sobre todo sus obras: "El Sueño de Descartes", "Grados del Saber", "Ciencia de Sabiduría" y "Tres Reformadores".

supremas de la razón y de la fe, y a las nobles tradiciones. Y para completar los estragos, para acabar de estropear el espíritu, para sumergirlo en los sentidos, para volver como imposible la reflexión tranquila y paciente sobre los misterios supremos, he aquí que se habitúa a los hombres, desde la más tierna edad, a dejarse absorber por las representaciones de la televisión, a dejarse arrastrar por el torrente de las imágenes.

Esto en los países titulados libres. En los países esclavos del comunismo es mucho peor. Allí ya no se trata sólo de preparar el espíritu a no sobrepasar la superficie de lo real y el mundo de los fenómenos: se trata de forzarlo a considerar como vacíos, desprovistos de toda significación inmutable, de toda consistencia eterna, las naciones y los vocablos más sublimes del lenguaje humano, los que están más cargados de riqueza ontológica. Así, los términos paz, justicia, verdad, ya no tienen ningún sentido, si no es en relación con los intereses siempre cambiantes de la revolución mundial. La Paz no es más que una etapa menos violenta de la revolución en marcha; la justicia es un mito fascinador que permite desviar, en provecho de los crímenes exigidos por la revolución, los impulsos generosos de los pobres y los humildes; la verdad es el conjunto de proposiciones útiles en cierto momento para una etapa dada de la revolución; la verdad está, pues, sujeta a revisión, siempre cambiante.

Siendo ésta la situación antinatural en que se coloca al espíritu, tanto en el mundo llamado libre como en el mundo comunista, me diréis que todavía quedan teólogos, que por su intermedio el espíritu puede recobrar su orientación hacia los objetivos supremos, de suerte que la situación no es quizá tan alarmante como parecería a primera vista. Pese a lo que dijera Descartes, ha habido cristianos, clérigos o seglares, para continuar manteniendo la teología como reina de las ciencias, tanto en los tiempos de Descartes como después de él, y sobre todo desde la rehabilitación deslumbrante del Tomismo por León XIII. Eso es verdad. La raza de los teólogos no ha muerto; no se extinguirá jamás; florecerá a la par de la Iglesia, pues la Iglesia es necesariamente teóloga, así como es necesariamente contemplativa, necesariamente misionera. Y por esa misma razón profunda. En efecto, Esposa santísima de Jesucristo, la Iglesia se recoge sobre los misterios, sobre los secretos de amor que le ha revelado su Esposo; los saborea en la fe, por la experiencia del amor bajo la acción del Espíritu Santo; pero también los escruta con atención y piedad [15], arde por anunciarlos al mundo para su salvación. La Iglesia siempre hará cosecha de teólogos, así como también de apóstoles y de puros contemplativos.

[15] Ver "Concilio del Vaticano", Sesión III, cap. 4, nº 1796 de Deuzinger; "Enchyridion Symbolorum" (edic. Herder, Barcelona).

Pero, ¿qué es la teología?

Recordaré algunas nociones elementales. La teología, porque estudia los datos de la fe que sobrepasan infinitamente todos los datos accesibles a la sola razón, es, en un sentido, la ciencia suprema. (No obstante, la ciencia suprema pura y simplemente es la contemplación de los santos). En la teología, la razón humana, esclarecida y al mismo tiempo elevada por la fe y armada, provista del instrumento irreemplazable de una sana filosofía, se esfuerza por analizar, penetrar las verdades de la fe, captar la coherencia y armonía de los misterios revelados, contenidos en la Escritura y la Tradición y que la Iglesia nos transmite por su magisterio infalible. Reina de las ciencias la teología en el cristiano que la ejerce, debe ser igualmente contemplación.

Merece ese nombre cuando es por amor hacia el Dios que nos ha hablado y que nos ha salvado que el teólogo prosigue su investigación y sus razonamientos. Es, pues, el amor el que lo consagra a un estudio discursivo y profundizado. Sea cual fuere la lentitud o la dificultad del razonamiento, el amor lo mantiene dedicado a esa labor austera, a fin de que el espíritu se someta en espíritu, lealmente, según sus leyes; en compensación el análisis teológico, cuando se hace por amor, muy lejos de desecar al teólogo, inflama su corazón, nutre su caridad para con Dios y su compasión para con los hombres.

Aun cuando no llegue a volverse contemplación, la teología puede ser ortodoxa: es entonces una ciencia a la vez correcta y glacial, y que languidece en un estado violento. Lo que es normal, en efecto, para una ciencia tal es ser no sólo correcta, sino desarrollarse en el amor, florecer en contemplación. Es un inconveniente supremo el escrutar las verdades divinas sin la caridad para con aquel que nos las ha revelado, sin desear que alimente nuestra vida interior. Es una vulgaridad insoportable explicar la Suma como se explicarían los postulados de Euclides; o, por el placer de utilizar la inteligencia a la manera de una trituradora; o para deleitarse en la propia actividad intelectual, produciendo conceptos para que sean molidos por la mecánica del raciocinio. ¡Porque estamos tratando con conceptos que son los misterios revelados! Mientras que cuando la teología, como es debido, es al mismo tiempo contemplación, dispone de una manera admirable a la contemplación de los santos, no sólo al teólogo sino también a los que él enseña.

Lo importante, entonces, es que los teólogos cumplan su tarea en una actitud contemplativa, y por amor al Señor cuya Revelación, propuesta por la Iglesia, analizan. Lo importante es que los teólogos no sacrifiquen a las modas de nuestra época, no lleguen a inficionarse de los vicios de la inteligencia moderna. Sólo así permitirán que esa inteligencia cure y recobre el sentido de de la Revelación sobrenatural, y recupere el gusto por el misterio y por lo sagrado. Pero no todos los teólogos están quizá en

esa situación. De todos modos, es menester que estén exentos de los vicios intelectuales de nuestro siglo. Veamos, si no, lo que sucede con muchos de ellos.

Observad el abismo abierto, que no parecen ni siquiera advertir, entre su teología vivida, la que proponen espontáneamente y sin adornos en el curso de la conversación, y la teología que han aprendido, o incluso que expenden desde la cima de una cátedra de facultad canónica. Tomistas por formación y apelativo, los volveréis a encontrar teilhardianos en la vida cotidiana. Han estudiado correctamente los tratados del pecado, de la redención, de las misiones divinas; han aprendido que todo hombre que viene a este mundo está herido en Adán (no hubo y no habrá jamás sino una excepción: la Virgen María); han aprendido que no sobrevendrá ninguna edad nueva en el mundo después del Viernes Santo, Pascua y Pentecostés; pues bien, aunque posean esas luces (¿en qué rincón de su cerebro estarán alojadas?), advertiréis que su pensamiento está impregnado de la mitología del progreso, como si hubiesen seguido una serie de cursos cuidadosamente revisados y adaptados por Renan. ¿Cómo es posible que estén de esa manera cortados en dos? Se dice que su estudio no ha sido dirigido con bastante amor de la verdad, que no han amado suficientemente al Señor, cuyos misterios estudiaron, como para dedicarle todo su espíritu y no una parte solamente, de suerte que ningún sector se sustraiga a la luz divina y conserve los antiguos hábitos mundanos, de suerte que todo su pensamiento se unifique al nivel de la Revelación. Si hubiesen amado la verdad habrían estudiado de otra manera; habrían dedicado no sólo la parte retentiva de su espíritu sino sus recursos vivos; las profundidades de su espíritu, del todo impregnadas —de manera difusa— por el laicismo y el progresismo, habrían sido obligadas a seguirlos, de buen o mal grado; los venenos de la mentalidad moderna habrían sido eliminados implacablemente. Dirigida por la caridad, la reflexión teológica habría obrado la unidad.

Esos doctos saben bastante teología como para aderezar con citas escriturísticas y apoyar con argumentaciones pretendidamente patrísticas los errores y mitos en boga; su teología no es lo bastante segura, lo bastante verdadera, lo bastante viva como para denunciar esos errores y esos mitos, para reencontrar la tradición, más luminosa, más joven y lozana, a medida que prosiguen la lucha contra las herejías e incluso para poder proseguir esa lucha. Igualmente saben bastante teología como para llegar a ser especialistas en tal o cual rama, no para meditar sobre el conjunto de datos revelados, de suerte que el punto particular en el que se destacan se revivifique por esa causa.

No puedo creer que teólogos que han estudiado en forma contemplativa, que han consagrado su espíritu, por amor, a los datos de la fe, puedan permanecer insensibles hasta ese punto a las grandes mentiras de nuestra época. Las tinieblas no los

alarman, no los hacen sufrir; porque no quieren la luz. Los ojos, sanos, afectos a la claridad, sentirían horror no sólo de la noche sino más aún de ese sistema de iluminación horrible, insoportable, inventado por el Infierno, que mediante un juego de espejos y reflectores está en vías de efectuar un truco universal: tal es, en efecto, la perversidad de la mitología moderna y de los medios de difusión que utiliza.

Las herejías siempre han sido amenazadoras y siempre han estado activas en cierta medida. ¿Cómo, por qué, en ciertas épocas han prevalecido en vastas regiones del planeta? ¿Acaso los teólogos están en falta? ¿No están bastante bien dotados? Creo sobre todo que no han sido bastante contemplativos; o, más bien, que los contemplativos entre ellos se han vuelto demasiado escasos. Cuando la Iglesia cuenta con bastantes teólogos que han recibido el don de las lágrimas, a la manera de Santo Tomás de Aquino, tiene mucho menos motivo para temer las herejías.

Que venga pues, la época en que las casas de formación teológica, en su conjunto, sean en primer término casas de oración; de suerte que al trasponer el umbral de esas casas de estudio se respire antes que nada una atmósfera de oración. No una atmósfera mundana debido a que los teólogos se harían cómplices de los errores del mundo, so pretexto de ser comprensivos y de tener público, no una atmósfera que huela a cerrado, porque los teólogos se tornarían egoístas en una erudición por lo demás ortodoxa sin que el amor los abra hacia Dios y los pecadores; ni tampoco una atmósfera de laboratorio porque los teólogos se hallarían entregados a la pasión estéril de esos especialistas que sólo pretenden brillar a los ojos de sus colegas y fabricar nuevos especialistas.

Con respecto a los misterios revelados como por compasión hacia ese mundo que se pierde, es urgente recuperar una actitud contemplativa en la adquisición y en la pedagogía de la teología sagrada. Entonces habrá alguna esperanza de remediar los vicios de la inteligencia moderna y de favorecer en los cristianos de toda categoría el avance hacia la contemplación de los santos.

Fr. R. T. Calmel, O. P.

Correo Argentino Central B
TARIFA REDUCIDA
Concesión nº 6250
FRANQUEO PAGADO
Concesión nº 1217

INDICE

Editorial: Nueva ofensiva laicista 2
M. R. G.: Antisemitismo 5
Thomas: Infiltraciones peligrosas en nuestros medios católicos 10
La salvación del mundo 14
Jean Ousset entre nosotros 16
Fr. R. T. Calmel, O. P.: ¿Acción o contemplación? 17
El pensamiento textual de Theilard de Chardin .. 30

Con las debidas licencias

Director: **M. Roberto Gorostiaga**
Secretarios de Redacción: **Laura Panaccio y V. Eduardo Ordóñez**

Ejemplar: República Argentina, $ 40.— m/n. Exterior: 0,40 dólares
Suscripción anual: Argentina: $ 360.— m/n. Exterior: 3 dólares
Suscripción extraordinaria: $ 1.000.— m/n o 12.— dólares

Cheques y giros a la orden de VERBO
Córdoba 679, esc. 710, Buenos Aires, Argentina

DOMINGO E. TALADRIZ, San Juan 3875, Bs. As.

Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 6954

For use in Library only